

EL MULTICULTURALISMO

I

El Antiguo Testamento, repudiando la opresión al inmigrante, nos dice: “Acordaos, extranjeros fuisteis también vosotros en las tierras de Egipto”. Sin embargo, la historia contradice esta bienintencionada advertencia. Moisés mata a un egipcio que maltrataba a un compañero de raza. No era un hombre cualquiera al que defendía. Era un miembro de su misma raza. La convivencia pacífica entre dos pueblos distintos es más un deseo que una realidad. Y aún más cuando uno de esos pueblos se considera nativo mientras el otro tiene un origen diferente. La sabiduría popular, almacenada durante siglos, lo expresa claramente: “de fuera vendrán, que de casa te echarán”. La patria es la casa común, la tierra de los padres. Así pues, la nación no es solamente donde se nace, tal vez por accidente, sino que, además, tiene un fundamento biológico. O sea, la sangre. Pero la pureza racial se diluye con los matrimonios mixtos. El mestizaje es el antídoto del nacionalismo radical. Un ejemplo de ello es la parábola del buen samaritano. Éstos son odiados por los judíos, pues se han mezclado con extranjeros idólatras. Ahora bien, los hebreos no solamente rechazan a los samaritanos por la sangre, sino también por la religión. Y ese conflicto entre las creencias religiosas existe siempre mientras existan los fundamentalismos. El cristianismo no se libra de ellos. Basta pensar, no ya en las cruzadas medievales, sino en episodios como “La noche de san Bartolomé” en la que miles de hugonotes fueron asesinados por los católicos. Aunque hoy la religión mayoritaria de los europeos sea la indiferencia, subsiste en el trasfondo unas raíces cristianas opuestas sobre todo al islamismo de los inmigrantes. No es únicamente, o al menos de una manera exclusiva, un asunto de costumbres diversas. No parece razonable llevar la fe hasta el estómago. El aparato digestivo no conoce liturgias, no sabe de dogmas. Si los pitagóricos prohibían comer habas, los musulmanes prohíben comer cerdo. Más parte para quienes aman el tocino. Y el canto del almuecín en la madrugada no es distinto al ruido externo de

una discoteca mal sonorizada. No se permite porque ofenda a las “otras” creencias sino al descanso de los vecinos.

Ahora bien, quienes ya no entran en las iglesias no verían tampoco con agrado que las mezquitas ocupasen con creces sus lugares. Siempre es preferible el anticlericalismo y la irreverencia con los de la misma familia. Y muy especialmente cuando los radicales islamitas se toman bastante mal las bromas. Conviene distinguir claramente entre “odio teológico”, racismo y xenofobia. Todos esos conceptos tienen aspectos comunes sin llegar a identificarse. Un miembro del Ku Klux Klan no negaría a un afroamericano su condición de estadounidense. Y los gitanos españoles son gitanos, pero son españoles. El racismo es un sentimiento universal, todos los pueblos lo tienen en la medida en que la raza es un factor de cohesión interna y de barrera externa. El problema es que ese racismo, sustentado en la genética, se manifiesta en diversos umbrales. ¿Hasta qué límite es tolerable la presencia del extranjero con una tradición diferente a la nuestra? ¿Cuál es el umbral que no se puede sobrepasar sin graves problemas? Un racista “visible” se inclinará por un porcentaje mínimo, el necesario para dar unas meras pinceladas exóticas a la sociedad. En cualquier caso, ningún “buenista” consentiría encontrarse en minoría dentro de su tierra.

II

La raza y la religión, la biología y la espiritualidad, encierran a los hombres en comunidades diversas. A veces herméticas, sin ninguna porosidad, sin ninguna ventana abierta al exterior. Además de esos dos factores de unidad – y separación – la lengua es el tercer elemento constitutivo de un pueblo. Un hombre, como individuo, puede hablar dos lenguas; una nación jamás. ¿Para qué? ¿Sufre esquizofrenia? ¿No le basta con una sola? La dificultad comienza cuando “nación” o “pueblo” se entienden solamente en un sentido racial: “los de aquí” y “los de fuera”. La tradición más tradicional es la que transmite la consanguinidad. Así se puede hablar, con desprecio o sin él, de “churros”, “maketos” y

“charnegos”. Pero la mezcla de poblaciones distintas, al menos en su origen, tiene como consecuencia la fusión, convivencia o coexistencia, más o menos pacífica, de varios pueblos dentro de una idea de nación más compleja. La denominación de Renan de la nación como “un plebiscito cotidiano” es, como tantas otras, demasiado vaga, insuficiente para dar sentido a un concepto difícil de reducir a fórmulas fijas. ¿Es un pueblo aquel que posee una lengua sola? Consideradas en sí mismas, desde un punto de vista exclusivamente lingüístico, todas las lenguas tienen unas mismas cualidades: belleza, racionalidad, etc. Tal vez en el idioma bantú no pueda escribirse la filosofía de Kant, pero tampoco en la lengua alemana pueden expresarse cosas que sí pueden hacerse en la lengua africana. En este sentido tienen razón los románticos al decir que cada pueblo tiene su propia cosmovisión. Claro está que los ilustrados responderían a esto diciendo que solamente hay un género humano, una razón universal. A pesar de lo dicho, si bien todas las lenguas son iguales, por razones históricas que hubiesen podido ser distintas, pero no lo han sido, unas lenguas se han convertido en mayoritarias. Hablar dos lenguas es una riqueza intelectual, pero también es un conflicto social.

III

Una inmigración masiva de eslavos podría engendrar una cierta xenofobia, pero nunca racismo. Se comparte el suelo de una misma tradición histórica, cultural, religiosa. En cuanto a los musulmanes, así como a los subsaharianos, se tiene la conciencia de que pertenecen ya a “otra” civilización, muy distinta por añadidura. El europeo siente que la amenaza de perder su identidad es mayor. Y ese sentimiento de amenaza, esa inquietud ante la inmigración, es tanto mayor cuanto toma aires de “invasión” sin disparar un tiro. Si Francia conquistó con las armas Argelia, hoy le basta a los argelinos un billete de avión para devolverles la visita. En la historia todo pasa y todo queda. El pasado sobrevive bajo la forma de haber sido. En el “colonizador” – la palabra ya nos deja ver a las claras la visión eurocéntrica – se encuentra el residuo de un sentimiento de superioridad mientras que en el “colonizado” se alberga un cierto resentimiento, un complejo de inferioridad

que termina afirmando con orgullo su propia cultura, exigiendo su reconocimiento dentro de las viejas metrópolis.

Las migraciones son un fenómeno permanente en la historia. Siempre que exista una desigualdad económica notable habrá un desplazamiento de millares de hombres en busca de una vida mejor. Cuando esas migraciones son internas, aunque haya una diferencia de lengua, tenemos un conflicto menor. Una tradición común, una misma fe religiosa, una larga historia de vida compartida dentro de un mismo Estado, debilitan las tensiones entre quienes “reciben” y quienes “son recibidos”. Esto no significa que también esas tensiones puedan crear tentaciones independentistas, nacionalismos centrífugos.

Sin embargo, la inmigración externa es un conflicto mayor. Europa es el destino de miles de musulmanes y africanos que huyen de la pobreza, incluso de una pobreza relativa, pues no son los más débiles – viejos sin futuro – aquellos capaces de afrontar las penalidades de un largo viaje. ¿Qué puede hacer Europa ante ese aluvión de recién llegados? En primer lugar, cada Estado tiene derecho a controlar sus fronteras, regular los flujos migratorios. No es posible cerrar Europa a cal y canto, lo cual es imposible, ni tampoco abrir las puertas de par en par, lo cual no es siempre deseable. La propiedad no es un derecho absoluto, tiene una función social, lo cual no quiere decir que deje por ello de ser propiedad. En aquella “casa común” se entra por la puerta y no por la ventana. Cada espacio tiene su aforo y la gestión de ese aforo corresponde al dueño de la propiedad. En tiempos de bonanza económica el inmigrante, a pesar de la diversidad cultural, es aceptado sin problema. Hace falta mano de obra, especialmente en oficios humildes. Dos manos cuentan más que una boca. Ahora bien, cambian las tornas cuando se descende la montaña rusa. El inmigrante sobra, es más una boca que dos manos. Entonces es visto como un competidor para el trabajador nativo. La extrema derecha francesa – Le Pen – expresó, como todo populismo, esa idea de una manera simple: “dos millones de parados franceses, dos millones de inmigrantes. Hagan cuentas”. Sería una perogrullada señalar que existe aquí también un fundamento clasista. Un jeque árabe no es un musulmán recogiendo fruta en el campo.

La inmigración existe, y seguirá existiendo, mientras exista la causa que la origina. Europa, y no solamente por solidaridad, sino también por interés propio, debe curar la herida en la misma fuente si quiere reducir la presión demográfica: fortalecer regímenes democráticos, ayuda técnica al desarrollo, etc.” Del “vente para Alemania, Pepe” de los

años setenta se pasó al “como aquí en ningún sitio”. No es el ideal que toda África desembarque en nuestro continente sino que los africanos no tengan necesidad de salir del suyo. Claro está, Europa también precisa cierta dosis de inmigración para hacer frente a su envejecimiento y el problema que ello supone para las pensiones.

IV

Hemos dicho anteriormente que cada lengua expresa una cosmovisión distinta, una perspectiva diferente del universo. Sin embargo, ¿no es posible que un niño sea educado conociendo el bantú y el alemán simultáneamente? En tal caso, el niño pertenece a dos mundos distintos, dos mundos distintos englobados dentro de un mismo horizonte común. Su mirada es más extensa. Quien es hijo de musulmán y de cristiana recibe una doble herencia, confluye en él una doble tradición histórica. El amor humano ha roto las barreras de la división cultural. ¿Cómo es posible decir que tenemos un mismo Padre, somos hermanos y debemos amar al prójimo si caemos en exclusivismos? Hasta Pedro reprendió a Pablo en privado. El cristianismo no hubiese llegado a ser una religión universal si no hubiese desbordado el dique del exclusivismo racial.

Cada pueblo tiene una cultura respetable, pero no todo es respetable en cada cultura. Y, además, la cultura no es un concepto estático sino histórico. Los “castrati” en la Europa de ayer y la ablación de clítoris en países africanos de hoy son hechos contrarios a la dignidad humana, que es intemporal; y, por tanto, a los derechos del hombre. Esos derechos humanos son la gramática general que subyace en cada idioma particular y prevalecen sobre cualquier tradición histórica. En suma, son el marco común de la relación entre los pueblos. Y aquí, desde esa comprensión mutua, desde ese mutuo reconocimiento, podemos entender aquel: “Acordaos que también vosotros fuisteis extranjeros en tierras de Egipto”.

Pablo Galindo Arlés

4 de junio de 2023